Ariel: periodista, escritor, *flâneur*

Rememorando a escritores como Renato Leduc, De la Colina reflexiona sobre el libro de Ariel González, de quien afirma: "Es un reivindicador de lo anecdótico"

Reseña

José de la Colina

MÓNICA GONZÁLEZ

I

En alguna hora de la alta noche en la que ejerciendo "mi arte/oficio taciturno" (decía Dylan Thomas) he cumplido ya con el amado/odiado afán profesional cotidiano: el tecleo de un artículo para alguna publicación diaria, hebdomadaria o mensual, acostumbro pasearme por el pasillo dejando flotar la mirada entre las caseras estanterías de libros y tomar al azar uno que antes de ir a la cama me ofrezca una hora de lectura gozable a la manera de una conversada *flânerie* (palabra con la que los cronistas decimonónicos mexicanos sublimaban el paseo mentalmente flotante por los bulevares de una Ciudad de México soñada como si fuese París).

Y el libro de Chesterton o Baroja o Gutiérrez Nájera o Reyes o Cendrars o Renato Leduc o Novo o Josep Pla o Janet Flanner o Savater... y otros, el libro que las más de las veces tomo para pasear (*flâner*) con él en placentero ánimo de vagabundo casero, suele ser de los *misceláneos*, esto es de los que, sin un motivo único o central, abarcan muy varios y diferentes asuntos por ser recopilaciones de artículos frecuentemente escritos en —Hemingway *dixit*— estado de "gracia bajo presión", es decir la urgencia que ante la inminencia de la hora del "cierre" sufre o tal vez goza en su casa o en la redacción del periódico el escritor/periodista o el periodista/escritor en quien, para complicar la cosa, arde el prurito heroico de poner alguna gracia en su oficio.

II

Ariel González, sin su segundo apellido: Jiménez (que permitiría al lector común no confundirlo con un famoso futbolista de los "Freseros" del Irapuato), ha publicado su primer libro, *Breviario de correrías*, un centón de crónicas, de retratos verbales, de breves ensayos sobre las artes y la literatura y aun —¡balazos en el concierto!, exclamaría Stendhal— sobre temas políticos. Son textos de breve extensión, de prosa fluida y moderadamente rápida, que antes de hallar su más fijo y mejor destino en un libro fueron artículos publicados en *Milenio*, el periódico en el que dirige las páginas culturales. "En su concepción —dice de su libro misceláneo en la breve nota introductoria— he tenido presentes la lógica y la libertad de los paseos, el ir venir de algunos jardines intelectuales, literarios y artísticos sin mayor apuro"... y ya tenemos aquí la *flânerie* intelectual y literaria. "Estos textos —continúa como disculpándose antes de que le imputen la somera mentalidad de turista de la cultura— van por la vereda de distintas obras y temas que habrían requerido, obviamente, muchas otras páginas para su desarrollo; su plan, si lo han tenido, ha sido el de la aproximación inmediata que, bien lo sé, constituye la mejor coartada periodística."

¿Coartada periodística? ¿Por qué coartada, como si González se defendiese de cometer un crimen de lesa literatura? Y me acuerdo de Renato Leduc o "Jefe Plumablanca" disculpándose (tal vez mañosamente dentro de su franqueza) en el prólogo de su sabrosa Historia de lo inmediato: "Nunca, desde que el deber me obliga diariamente a sentarme a teclear mis colaboraciones periodísticas, he tenido la impresión de que, al hacerlo, estoy realizando una labor literaria. No sabría si calificar o clasificar al periodismo escrito como seudoliteratura o como subliteratura pero, en todo caso, no me atrevo a calificarlo de literatura."[1] Sin embargo, Leduc, que, de acuerdo con Gabriel Peri, definía al periodista como el "historiador de lo inmediato", dejó en el curso de su "carrera" periodística una buena literatura, una viva y gozable prosa. Y esto es lo que sucede con el Breviario de correrías de Ariel González, cuyos textos componen —dice su prologuista Rafael Pérez Gay— "un mapa veloz de gustos literarios y (...) una muestra de que el periodismo puede ser claro y proponer diversas densidades a través del estilo conversado, sin pedantería o falsas erudiciones."

Ariel González
Breviario de correrías, Conaculta, col. Periodismo Cultural, México, 2009, 179 pp.

Soy lector muy veloz, a veces mucho más de lo que quisiera, porque las buenas páginas —ya se den en libro o en cualquier suerte de publicación transitoria— solicitan una cierta lentitud, un ritmo de la mirada muy distinto del exigido por los tsunamis de noticias que diariamente nos infligen el periodismo impreso y el televisado, de modo que he leído "frenándome", es decir con una voluntaria lentitud, las páginas de este breviario cuyo único defecto, contra lo que la palabra indica, es su brevedad. Si se toma en cuenta el gran número de semanales y antologables "analectas de las horas" publicadas por Ariel en *Milenio*, su libro debería tener, por lo menos, un centenar más de páginas.

El libro misceláneo de Ariel es breve, y son breves los artículos/ensayos/crónicas en él colectados: textos escritos con una prosa tan clara y fluida que, si uno los leyera rápidamente, se irían como agua entre los dedos abiertos. Así que además de leer esas páginas con mirada lenta lo he hecho con lápiz rojo en una mano para subrayar algunas frases, algunos párrafos que han solicitado aún más mi atención. Y he percibido, entre otras cosas, que Ariel González es uno de los reivindicadores de lo anecdótico, del buen detalle circunstancial en personas y personajes mayores y menores, del hallazgo diminuto aunque significativo en hechos de trivial cotidianidad o de dimensión histórica. Hay en él madera, diría don Luis González, de microhistoriador de lo inmediato... y de lo mediato, ¿por qué no?

III

Ariel, que coquetamente oculta su fecha natal en la solapa informativa del *Breviario de correrías*, está representado en las dos fotografías de la cubierta y de la contracubierta del mismo. En una esconde (¿tímidamente?) detrás de un paraguas semicerrado el rostro de chavo rapado "a lo conscripto" y en la otra se muestra, en sincero y casi impúdico close-up, con un tenue gesto de asombro. Esos dos iconos deben, como ocurre con cualquier imagen, significar algo. ¿El rubor del periodista que ha osado ser autor de un libro o el impudor del escritor que ha logrado evadirse de la transitoriedad del periodismo? ■L

1 *Obra Literaria*, colección Letras Mexicanas, FCE, México, 2000